

las EDICIONES del
VECIND(i)ARIO

CARNETS

Sebastià Mesquida



colección narrativa

¿UNA PALABRA?

Las comunicaciones a través del ciberespacio no ignoran su punto de partida. Por esto uno puede decir que labró la tierra o que ha visto un perro. Seguramente por esto, también, uno puede sentir que los contertulios tienen un rostro, una presencia sólida y considerable. Es lo que pasa con “El Patio”, a donde un día me acerqué mediante el digital conjuero de es.humanidades.literatura. El presente manajo de recuerdos sólo quiere ser otro saludo, esta media sonrisa con que de vez en cuando uno los mira y les habla. Probablemente uno tiende a celebrar, tras eliminar las distancias, cierto aspecto oscuro del común hecho de vivir. Y nada: muchas gracias (a los amables editores y al público en general).

Sebastià Mesquida Sureda

Palma, febrero de 2012.

ÍNDICE

1. <i>Un erizo</i>	— LEER
2. <i>Todo eso</i>	— LEER
3. <i>Largo nacimiento</i>	— LEER
4. <i>Miedo</i>	— LEER
5. <i>Magos</i>	— LEER
6. <i>El barrendero</i>	— LEER
7. <i>Nosotros tres</i>	— LEER
8. <i>Nuestro Big Bang</i>	— LEER
9. <i>Ah, “Los estudios”</i>	— LEER
10. <i>Labrar</i>	— LEER
11. <i>El Cine: antes y ahora</i>	— LEER
12. <i>De pesca</i>	— LEER
13. <i>Fiestas Patronales</i>	— LEER
14. <i>Y el perro venía a por mí</i>	— LEER
15. <i>El colibrí</i>	— LEER
16. <i>Tristeza</i>	— LEER

ÍNDICE

17. El Penyal Roig (El Peñasco Rojo) — [LEER](#)

18. El molino — [LEER](#)

19. Un gato encerrado — [LEER](#)

20. Volver a empezar — [LEER](#)

21. La trilla, hacia el año 50 — [LEER](#)

22. El perro — [LEER](#)

23. Esa mujer del carrito — [LEER](#)

Nota Biográfica — [LEER](#)

UN ERIZO

Un erizo de los que se ven en raros y delicados documentales.

Me llamó Segismunda, y aún pude verlo. Ella lo había descubierto entre un grupo de macetas, en la terraza que mira al corral (todo ello muy modesto y de pueblo, ya se ha dicho). Era nada menos que un verdadero erizo, tal como son ellos. En el momento de llegar pude contemplar cómo se iba rápido, con ese dorso hecho de púas de color blanquizco, ligero e inocente, y con ese rostro afiladillo y delicadísimo —lo pude ver un segundo—, todo nariz y boca, seguramente. También pude ver, sorprendido, cómo se iba de allí haciendo breves carreritas e interrumpiendo una y otra vez

su marcha. Yo no sé si hacía eso en razón de una especie de épica menor, que quizás es la suya, o por simple perplejidad.

Había sido un ser totalmente extraño, en el corral. Momentos después yo seguía recordándolo y lo veía correr y parar de nuevo, correr y parar, raro y tan vulnerable. Pensé en lo que me hubiera gustado poder preguntarle: ¿Y qué te parece todo esto, eh? Pero ese animal digo yo que debe encarnar una tradición de millones de años —que es lo que se dice casi siempre—, en su clase será un verdadero hito biológico y sabrá de corrido, claro, cuanto hay que saber. Yo temo que la sorpresa de aquella situación no fuera otra cosa, para él, que parte del mundo absolutamente ajeno que de continuo ha de pasar por alto. Él se iba decidido, a su manera, y lejos de dudas.

En los días siguientes me he acercado despacio a las macetas, escrutando de lejos y buscando sin éxito algo que se moviera...

Pues ya ven que fue un erizo, señores.

TODO ESO

Era una mujer que llevaba, caminando despacio, dos perros. Qué buena debe ser, cabía pensar, esa mujer.

Uno era un perro grande, una mezcla, pero grande. Y vi que paraba de vez en cuando y levantaba la pata a una farola, a un arbolillo. El otro era un chihuahua, negro, un punto en la lejanía, y andaba delante. Uno y otro iban atados con una cuerda, luego pude verlo.

El chihuahua miraba o husmeaba afanosamente el suelo y recorría la superficie de la acera en todas direcciones, pequeñísimo. Aquel chihuahua ni siquiera miraba al perro grande. Lo conocía bien, lo sabía todo de él. Sólo recorría la

ancha superficie de la acera. Nadie podría saber cómo es o qué es ese poso de serenidad, ese fundamento íntimo y callado —cósmico— desde el que observa y acepta las cosas, con sus piernecillas tan rápidas, ese negro chihuahua.

¿Y será verdad que ese aparato de Suiza, el que va a mirar cómo ocurrieron las cosas, se ha estropeado? Los científicos “de todo el mundo” habrán recibido el oportuno aviso, claro, y cada uno habrá corrido a mirar sus papeles. Lo que nos faltaba. Pero son buena gente, cuidado. Se han pasado veinte años buscándole el secreto al mundo, en silencio. Y por algo había que empezar.

LARGO NACIMIENTO

Pues no iba mal. De pronto se encontraba ahí, con su madre y con todo. Y ahí estaba su padre.

La vecinas estaban, casi siempre, reunidas con sus cosas y amamantando a los otros niños. Charlaban y charlaban. Eran ellas.

En aquellos tiempos poco a poco a floraba y aparecía la calle, tan recta y ancha, como parte de la casa, de las casas. Más tarde descubriría que la calle hasta tenía un nombre.

No se puede hablar de los otros, de los otros niños, porque ellos eran todo y ya no cabría añadir nada. Pobres muchachos, hoy tan lejanos.

La primera vez que vio a un hombre distinto debió ser con el médico. Supo entonces de aquellas otras gentes, que claramente habitaban otros lugares, para él siempre desconocidos. Así captó las distancias. Y luego vino a saber que todos los lugares eran distintos, lejanos.

Se manifestó que estar ahí, pues, era casi nada. Era estar ante una red de otros caminos, todos ajenos. Entrar en esta red era ahora la única opción posible, y pedía abrir un camino propio sin acompañamientos. Alguna vez el muchacho sintió todo esto como muy pesado. Se le pedía un segundo nacimiento, a tierras y paisajes que se preguntaba si podría amar.

Volvió los ojos a los compañeros de los tiempos iniciales, con las madres vecinas que los amamantaban y con la calle que se abría siempre ante sus casas. Pensó que cada uno había de estar, solitario, en su propio camino y entre caminos ajenos; y que cada uno, si acaso, andaría con amores secretos.

MIEDO

Era el primer día, y el chico supuso que ya se acostumbraría. Miraba por la rendija y, si ésta se alejaba del ojo por algún movimiento de la caja, veía un campo muy reducido y podía dejar de ver el escalón de las aceras u otras cosas.

Era el primer día.

A él le habían mandado que no se saliera del Paseo de la Castellana, y la furgoneta que los distribuía lo había dejado en su comienzo. Luego él se pasó en seguida al paseo central, y sintió una pequeña alegría al ver que allí se podría mover a su aire y sin obstáculos. Era suficiente con que la gente lo viera.

También era el primer trabajo que conseguía, en este mundo nuevo, lo que le llevó a pensar en su pueblo de Mbaké y en el río Sine, aquel río de siempre. Lo pensaba a la vez que percibía, en el interior de la caja, las continuas idas y venidas y el calor de su aliento. Ya vería. También pensó en otros compañeros que, tras un tiempo de trabajar en este mismo sitio, ahora repartían papeles de propaganda que dejaban en las entradas de las casas o en los mismos buzones.

Decían que ese trabajo de los papeles, comparado con el de hombre anuncio, era un trabajo más digno. Él apenas se daba cuenta de estas cosas, pues el viaje oscuro y espantoso, ahora casi siempre presente, que lo llevó a esta nueva vida, borraba mucho estas impresiones. Era como si le estuvieran prohibidas.

Pero caminaba inseguro, en el ancho paseo. Le parecía pisar, lejos de las llanuras de Senegal, una tierra que no lo reconocía. No era más que un extraño. Esta sensación se ha-

cía todavía más fuerte si extendía la vista a los dos ríos de coches, de uno y otro lado. Esto lo había sentido desde su llegada. Aquí los coches, siempre apretados y con una rapidez obsesiva, venían a imponer un ritmo para él desconocido que le producía una especie de vértigo. Luego le extrañaba, por otra parte, ver a gentes que iban simplemente a pie, a gentes que hablaban o paseaban. Todo eso lo hacía sentir en vilo, y no sabía imaginarse cómo un día podría colocar su vida sobre todo aquello. No podía imaginar ningún camino, y esto era como sentir la carne invadida por inevitable miedo.



fotografía por Manuel Conde Sánchez.

MAGOS

No puedo decir mucho. Pero recuerdo que lo de los Reyes era aún más misterioso que ahora, pues su imagen o lo que fuera no aparecía por ninguna parte. No había cabalgata. Recuerdo que yo dormía en un cuarto que daba al corral y que mis padres, antes de que llegara esa noche, me ayudaban a poner los zapatos en aquella ventana y unas algarrobas, a fin de que los caballos pudieran comer. Yo creía que efectivamente los Reyes hacían un extrañísimo alto nocturno en nuestro corral. Y ahí estaba, al día siguiente, su obsequio.

Recuerdo bastante bien la vez que me trajeron un caballo. Era un hermoso caballo de cartón, bastante grande. Yo debía ser muy pequeño, pues también recuerdo cómo mis padres me lo trajeron a la cama, seguramente desde la ventana. Me parecía un caballo muy bello y muy bien hecho, para que fuera mío. Mis padres contaban, un tiempo después —y yo tenía la impresión de no poder negarlo—, que lo había roto “para ver qué tenía dentro”. Todavía puedo ver algo la extraña colita hecha de algún tipo de fibras, que le salía, y que yo convertí en una primera vía de acceso. Otro año, he de recordar, fue una bicicleta de tres ruedas que me duró mucho. Era una bicicleta, alta y escueta, de puro hierro, y tal vez chillaba un poco. Oí decir a mis padres, de vez en cuando, que nunca me habían visto tan contento. Contaban que daba saltos de alegría. Esto no lo recuerdo.

Acabo. Llegó un año en que una de mis abuelas me entregó, como regalo de Reyes, un paraguas algo pequeño, un paraguas para niño. Comprendí de golpe que los Reyes se habían convertido en algo vulgar, que ya se confundían con los manejos familiares cotidianos. Aquello se había acabado.

EL BARRENDERO

Veó desde lejos al barrendero que habla con una señora, ella lleva un perrito blanco. Me voy acercando y oigo que ella va explicando cosas relativas al perrito, que por lo visto tuvo un accidente y ahora tiene un hueso de la pierna que se le puede poner mal, y el animal gime. El barrendero ahora no barre, tiene la pala y la escoba en las manos, junto a su carrito de siempre, y saca el pecho como muestra incontrovertible de que lo comprende todo y de que bien quisiera hacer aquello menos duro. Al tiempo de llegar yo, dice, los brazos caídos y la pala y la escoba apoyadas en el suelo:

— ¡Pobre perro...!

Al pasar saludo y me responden los dos. Serían las diez y media de la mañana.

NOSOTROS TRES

Estaba Juan, que vivía más arriba de casa, en un lugar ya poco poblado, con su corral y demás. Allí corrientemente nos reuníamos. Y estaba Jaime, que vivía en la esquina de abajo, siempre más avanzado que nosotros. A los tres nos pelaban al rape cada verano “al rape”, decíamos, y nos ponían unas camisetas que llamábamos “mperi” (¡imperio!). “A mí ya me van a pelar esta semana”, podía decir uno, como exhibiendo la seriedad de los suyos respecto al conocido trance. Éramos niños de 9, 10, 11 años.

Íbamos a casa de Juan porque llegó a parecernos una casa abierta y, supongo, porque en su tiempo tenía polluelos de tórtolas y de torcaces (¡“tudons”!), para criarlos. Su pa-

dre se los traía de lejanos nidos de la montaña, donde al parecer trabajaba. Aquellos animales absorbían toda nuestra atención, pues los veíamos como prestigiosos seres de otro mundo.

Más o menos sabíamos que torcaces y tórtolas habitaban los olorosos pinares, siempre esquivas y dejando oír, de vez en cuando, un pausado zumbido que hacían con sus alas. Ahora se mostraban cubiertos de una breve pelusa blanca, especialmente las torcaces, que de momento parecía separarlas de una vida normal. Y estaban tranquilos.

Juan los alimentaría —con habas y cereales, creo, puestos antes en remojo— abriéndoles hábilmente el pico. Puedo recordar que las torcaces tenían un pico grande y a la vez suave, como blando, lo que también parecía delatar su categoría. Aquellos animales se acomodaban a todo ello, y crecían.

Encima, en su corral Juan llegó a tener, alguna temporada, un bebedero para cazar pajarillos, con su red; aunque recuerdo que aquel artilugio, en cierto lugar del corral, tenía poco movimiento.

Así era aquello.

Ya he dicho que Jaime era el avanzado. Sabía más cosas, y hasta físicamente parecía estar a un nivel distinto. Tenía aficiones o adicciones particulares. Ibas a su casa y te lo podías encontrar entre piezas de metal esparcidas por los suelos: una vieja bicicleta que había desmontado hasta el detalle y que se proponía limpiar, lubricar y pintar de nuevo. Luego tenía una colección de huevos de pajarillos, naturalmente cogidos de sus nidos, cada uno con su color y con unos frecuentes puntitos, alineados en una caja de zapatos con serrín. También tenía Jaime un montón de tebeos de “El Guerrero del Antifaz”, y se le veía aspirar a ir engrosando la co-

lección. Yo hojeaba alguno. Ahí estaba el musculoso Guerrero, con una gran cruz en el pecho y siempre en lucha contra los moros, o con la espada o con los puños. Los moros hacían “Aj” y “Gglup” por toda reacción. Me defraudó un poco Jaime al oírle decir que no podía tomar leche, que le caía mal. Luego llegué a saber que eso era una afección conocida.

Habíamos nacido el mismo año, pero yo era nueve o diez meses más joven que ellos. Quizás esto me disculpaba, pues no aportaba yo algo de particular. Digamos que hacía grupo. Un año, Juan me regaló una tortolita, la pequeña —muy pequeña— de una pareja procedente del mismo nido. Se me murió. Seguro que lo sentí mucho. Y nada más, qué querían Vds...

A los catorce años Juan se fue a Argentina con su familia, y volvió hacia los veintiséis. Jaime tuvo una corriente vida

de adulto, pero en su salud sufrió alguna herida seria. Los dos han muerto —un cáncer, una embolia— en los últimos dos o tres años. Uno supone, si lo piensa, que nada debe ser ocioso.

NUESTRO BIG BANG

No es raro que, al menos, a veces nos invada la añoranza.

He imaginado el momento en que, justo antes de ese big bang de que todos hablan, el cosmos entero era una piedrecita que cabía en la palma de la mano.

Uno piensa que allí estábamos todos. Los de este patio y los de otros. No sé si lo sabíamos, pero algo podríamos saber. Aunque la cita, en realidad, era para el futuro.

Hay un dato curioso. En la piedrecita coincidíamos con las otras generaciones, con los de rostro diferente. Allí estaban los etruscos y los moabitas, los presocráticos y los de la de-

construcción, Nabucodonosor y Pipino el Breve, Cyrano de Bergerac y Julieta.

Sería muy agradable verla, a la piedrecita. Conocer su color, sus breves accidentes, las vetas de donde saldríamos unos y otros. Apretadillos sí que estaríamos.

Ha pasado el tiempo, claro. Mientras esperamos a los que aún no han llegado, la cosa invita, si se quiere, a sentarse y a cambiar impresiones.

fotografía por **María Vallejo Villar.**



AH, “LOS ESTUDIOS”

Uno es del campo, y a mí eso de “los estudios” me impresionó siempre. En el pueblo topé un día con un muchacho de mi edad que estudiaba “fuera”, supe que se encontraba en quinto de bachillerato, y me sentí ante algo que se escapaba de la naturaleza conocida. Eso de los estudios era de otra esfera, de otro lugar y de otra gente. Los ojos se me iban, a veces, a los libros gordos que pudiera ver en la consulta del médico, donde fuera.

Aquel día todo era distinto, yo estaba nervioso. Habíamos desayunado, pero todos habíamos vuelto al cuarto. Es verdad que había pasado por situaciones parecidas, pero no allí, aquello era nuevo. Mi hora se iba acercando y había

que tirar. Llegó el momento y, de pie, me pregunté qué debía llevarme. Comprendí que no debía llevarme nada. El programa...

Cogí el corredor y bajé la escalera de nuestro edificio (¿Lo llamaban “El hispano”?). Entré en el edificio viejo, tan grande, donde estaban las clases. Había que pasar por sus lugares más importantes, o centrales, de todo aquello, y poco después caminaba bajo aquel artesonado finísimo, que a mí me parecía pesado y que precedía a aquella sala tan particular y de raro uso. Pero sabía a dónde tenía que ir y hacia allá seguía.

El P. Bravo y otro estaban sentados con una mesita delante, serios pero sin orquesta ninguna. Y allí estaba yo, de modo que adelante. Aquel hombre, de quien había recibido la primera clase tras mi llegada al lugar, me miró y me habló en latín. Me preguntaba algo sin importancia, a ver. Entendí que era un tanteo, y me pareció bien, me tranquilicé. No sé

si entonces pensé en lo del algarrobo, seguramente no, pero lo he recordado ahora. Son dos palabras.

Tenía por primera vez la gramática latina en mis manos y, al topar con las declinaciones, me inquieté. Las declinaciones eran varias y diferentes, con su plural y todo. Tragarme de verdad aquello era cosa mía, y tiré hacia el campo, fui a “Son Fortè Nou”, finca principal donde estaba la era, al lado de la cual había un umbroso algarrobo. No había nadie. Llegué y encontré que, lejanos como estaban los tiempos de trilla, debajo del árbol crecía una hierbecilla verde. Era la cita. Me tendí sobre aquel suelo y busqué las declinaciones, una a una. Al cabo de horas volví al pueblo. Más tarde hasta participé —¡con resultado!— en un certamen de narrativa en lengua latina (convenía decirlo, naturalmente pidiendo disculpas). Pero ahora el latín, mira, se me va escapando...

Y luego el P. Bravo entraba, claro, en el asunto y preguntaba cosas, por cierto, que no estaban, permítanme, en los

libros. Era hombre de intenciones, el P. Bravo. Más tarde yo volvía a mi cuarto. Pues ya estaba, me decía, sin saber a quién me dirigía. Seguramente a todo aquello, ahora ignorado, que pudiera haber tenido algo de piedad con uno. O piedad o lo que fuera, a ver. Y disculpad. Ahora hasta iba a poner el inicio del trabajito que hice en latín, un trocito que me quedó en la memoria; pero no teman, que no lo pongo. Tenía la ventana abierta y allí estaban, como siempre, los nevados Picos de Europa, con su hermoso Naranco de Bulnes. preciso y limpio.

LABRAR

Me refiero a labrar el campo.

El hecho no admite muchas comparaciones. La tierra se queda de repente boca arriba, casi siempre con un color oscuro, y preparada para recibir nueva simiente.

Veía labrar a mi padre, con el arado y el mulo de casa, y aquello me atraía: aspiraba a hacer yo lo mismo. Mi padre una vez me dejó y yo seguí, seguí...

En la mano que aferraba el “mantí” (esteva del arado) se sentía el abrirse de la tierra, mientras en el nuevo surco — que uno mismo pisaba— quedaba al aire la raíz de una hier-

ba o una lombriz desconcertada. Y allí estaba Blau, el mulo. Sabía labrar, y respondía sin más a los términos con que le pedían que se acercara o se distanciara algo del surco (“atraca, Blau”; “amunt, Blau”). La franja de tierra que quedaba labrada hacía un paisaje nuevo y hermoso, uno de los más hermosos que el agricultor puede ver en sus campos. Quería decir que aquello, en realidad, me gustaba.

Aunque todo tiene sus problemas, no vayan a creer. Cuando se labra una tierra poblada de rocas, hacer las “escabussades” correctas es como cosa de artesanía (“escabusades”: surcos transversales a ambos lados de esas piedras para conseguir que no queden espacios sin labrar). Y luego está el labrar recto o torcido, sobre todo en la siembra; pues al brotar lo sembrado, esa calidad de los surcos queda bien a la vista hasta la siega.

Voy a decir que, para el trazado de surcos aislados y rectilíneos —para la recogida de aguas de lluvia, por ejemplo—,

recuerdo que el abuelo me dio un consejo que le habría pasado alguien a él: “No mires el surco que estás haciendo. Mira, por entre las orejas de la bestia, el objeto lejano al que quieres dirigirte y ve siempre hacia él”.

Blau se merece un recuerdo, hombre. Estaba siempre en lo suyo, sin aspavientos. Me admitió sin problemas, seguramente porque me conocía de antes y me veía inevitable. Ahora recuerdo un hecho, repetido, que para él debía significar el uso o el abuso de una confianza: cuando me acercaba a él, quizás para dejarle su comida, solía practicarme unas suaves cabezadas en el pecho que me hacían retroceder unos pasos. Era todo. El animal no presumía de nada, y hasta ignoraba que carecía de esas posibilidades. Hoy me entristece pensar que su quijada, blanca, ha de estar en alguna parte. Sean Vds. buenos con los mulos.

EL CINE: ANTES Y AHORA

Lo que me importa no es un estudio erudito sobre el cine. Me faltarían todos los recursos y buena parte del interés. Pero me parece bien decir unas cosas de mera aproximación y bulto.

He de hacer constar, en primer lugar, que en mi adolescencia y en el pueblo, el cine no se limitaba a ser una cosa de ficción ante la cual cupiera ejercer una reacción cualquiera. El cine era un espectáculo absoluto e intocable que daba lugar a una especie de rito. Cabía únicamente dejarse invadir, empapar por él. Aquello venía de otro mundo, no se preguntaba cómo. Y no había forma, esto yo quería decirlo, de ver una relación real entre Errol Flynn y el

peón de albañil con su montón de argamasa, entre Humphrey Bogart y el muchacho que se encontraba escardando un campo de habas. Por no hablar de Greta Garbo o de Ginger Rogers. Los del cine aparecían de arriba abajo como mitos, gente intocable que estaba en lo alto sin que supiéramos por qué, pobres chicos (digo nosotros). Para nosotros eran, disimuladamente y ya que no había otra cosa, unos modelos lejanos pero casi íntimos.

Y pongamos algún detalle más de la tierra, digamos del contexto. El cine tenía su lugar cada semana, sábado y domingo. En una esquina muy encontradiza del pueblo se colgaban “las postales”, fotografías de buen tamaño extraídas de las películas que se ponían aquella semana. Bien, pues, paseando, había que ir a ver “las postales”. Allí estaban el hombre con pose y mirada estratégicas ante circunstancias desconocidas, la mujer con el rostro esculpido por un sentimiento, por algo. Pero no era sólo la cuestión de las postales. Íbamos al cine, que luego respondía o no a las expecta-

tivas y donde podía ocurrir que se produjeran silbidos como de alerta cuando, por ejemplo, en la pantalla tenía lugar un beso más largo de lo ya asumido por el público. Otra cosa: cuando era más niño, a la salida de la sala sonaba una animosa música —una marcha— que creo se titulaba “Los voluntarios”. Con el tiempo se le había puesto una letra que giraba en torno del coste de la entrada (cincuenta céntimos, dos “reales”) y decía:

“Dos realets, dos realets; dos realets ben fotudets...”, que puede traducirse por:

“Dos realitos, dos realitos; dos realitos jodiditos...”.

Pues ya ven. Pero lo que yo quería destacar —en calidad de mera impresión— es que hoy la substancial pretensión del cine ha cambiado. Antes quería establecer mitos, iconos que flotaran por encima del pueblo o de la gente. Ahora parece que no, que las películas digamos más serias intentan,

al contrario, identificarse con la gente y profundizar en el conocimiento de su vida. Intentan mostrar, a su manera, cómo es esta vida. Debe ser una nueva estrategia.

DE PESCA

Éramos de tierra adentro, pero conocíamos el mar (lo teníamos a diez kilómetros). Y a veces decíamos “vamos al mar”, que para nosotros era como otro mundo. El mar, con sus playas y sus olorosas algas, sus rocas, en realidad era otra cosa entrañable y conocida. Y a veces los jovenzuelos hasta íbamos a pescar, claro.

Precisemos que se tenía noticia de caladeros habituales para los verdaderos aficionados del pueblo y cuyas denominaciones sonaban con una categoría (“Na Blanquera”, “Sa Punta d'en Borràs”...). Pero nosotros, al llegar a la orilla, en aquellas rocas sólo buscábamos un lugar que nos gustara y

nos pareciera prometedor, algún rincón donde las aguas entraran con todo su cuerpo y se cubrieran de aquella espuma azulada. Así que algún domingo, sin más, los amigos cogíamos las bicicletas y nos íbamos a pescar.

A mí me gustaba asentarme en puntos donde no llegar a ver el fondo, y particularmente que las aguas, con su movimiento, dejaran ver alguna turbulencia íntima que lo ocultara todo. Allí podía haber y ocurrir cualquier cosa, me decía. Y ver luego cómo el anzuelo, con su pequeño plomo, se hundía para perderse de vista me ponía en vilo, cara a cara con aquel elemento remoto y totalmente extraño. Así me quedaba, al menos al principio.

Pero seamos objetivos. Se llegaba a saber que, junto a las rocas de todos conocidas, no llegaba a haber más que pequeños peces y casi siempre los mismos: tords, vaques, donzelles... Las “doncellez” estaban siempre, y venían a marcar el tono. Tenían su hermosura, cuidado, pero su

reiterada presencia las hacía vulgares (eran peces alargados, negros o azulados por arriba, hasta la mitad del cuerpo, y blancos por abajo). Aún quiero recordar, de aquel mismo medio, al todavía más modesto cabot, todo cabeza, que hasta merodeaba por los charcos de las rocas y mirábamos con indiferencia. Parecía un pez insignificante y sin aspiraciones.

Solíamos pescar unos pocos pececillos cada uno (que se veían más pequeños, hay que decir, al sacarlos del agua). Luego se volvía al pueblo. Pero he de reconocer que, mientras duraba la casi ociosa pesca, los secretos de aquel mar, nunca desvelados, convertían todo aquello en espectáculo incansable. Ahí estaban, también, sus particulares sonidos. A mí me complacía, sobre todo, la cadencia de esos oscuros golpes de las olas en los recovecos invisibles de las rocas.

Bueno, el mar es el mar. He de aprovechar para anotar que, desde la fresca arena y en una noche de verano, en fe-

chas en que el pueblo acudía allí masivamente (no había un solo turista), “vi” la plateada y calma superficie del mar partida de arriba abajo por el reflejo rectilíneo de la Luna. Las leves olas tenían lugar en silencio. Aquello no admitía comparaciones con cosas conocidas. No lo llamé “belleza”. No lo llamé nada. Aún lo recuerdo.

FIESTAS PATRONALES

Fiestas patronales. Se llamaban así. Y esto no es ninguna clase de propaganda.

Puedo recordar que, temprano y desde casa, de repente podía oír el infinito zumbido de la gaita sobre el fondo del tamboril, que sonaban en la esquina más próxima, nada menos que junto a la casa de Jaime y a la de la abuela. Salías y allí estaban también los cabezudos, los dos de siempre, con aquel rostro tan grande y ajeno a todo. Bailaban. Aquello parecía dar una repentina y oportuna importancia al lugar, a nuestras calles. Los niños corríamos hasta hacer un corro a los cabezudos y a los gaiteros, mientras las mujeres lo miraban desde el portal de las casas.

Las Fiestas llegaban pensadas y repensadas a lo largo de los meses, quizás de todo el año. Y desde este momento, que era nada menos que su real inicio, los amigos corríamos a la plaza para ver lo que “había”, lo que aquel año habría “venido”. Aunque lo preveíamos casi todo. Estaban ya las mesas de cacahuètes y avellanas, con rebosante surtido de caramelos de formas y colores desconocidos por nosotros. Ya conocíamos a algunos de los hombres y mujeres que venían con ellas. Lo íbamos recorriendo todo. Otras mesas tenían montones de cosas útiles y distintas, como pelotas de goma, silbatos, pelotitas atadas a un hilo elástico que permitía cuidadas idas y venidas y otros lances, objetos para crear situaciones de risa. Estaban también las brillantes ruedas para probar suerte, que por alguna razón dejaban ir, cuando giraban, un ruidito que sugería su particular calidad. Y había otras mesas también conocidas y con algo más de fuste, en las que podíamos ver la seriedad de las carteras de bolsillo, correas y oscuras gafas de sol, que podían alinearse arriba, colgadas de un hilo.

Y perdonen. Pero aún he de decir que los niños nos preguntábamos y nos informábamos acerca de cosas de una especial prestancia, tales como la caseta de tiro (que llevaba una familia ya conocida de todos los años), la sala del guiñol, hecha con tablas de madera y, claro, llena de sillas puestas sobre el piso mismo de la calle, y el impresionante columpio de “barquitas”, que permanentemente funcionaba con música y en el que algunos jovencitos ya mayores hacían subir hasta el techo. Nos gustaba ver de cerca los raros preparativos de todo aquello.

Uno participaba en todo esto según lo permitían unos fondos pactados previamente con mis padres. En las casas se hacía una ensaimada. Y probablemente, flan.

Y EL PERRO VENÍA A POR MÍ

Me he acordado al manifestar Sap un recelo ante esos animales, los perros. Y no lo cuento para ensalzar nada. Es que pasó.

¿Tenía yo once años, doce? Me habían comprado la bicicleta. Y estaríamos en tiempo de vacaciones escolares. Mi padre me preguntó si me apetecía ir a “girar” las palmas (conocidas como “palmito”, del que las mujeres del pueblo —y con ellas mi madre— hacían cestas que luego recibían algunos comerciantes). Contesté que sí, que iba. Conocía el lugar, al pie de la montaña.

Dejé la bicicleta donde debía, y seguí a pie a través del campo. Caminaba y sentía cómo verdaderamente me iniciaba en nuevas autonomías. Vi desde cerca el imponente caserío de una de las más conocidas “possessions” (cortijos, etc.) de la zonqa, lugar donde se resumía parte muy respetable de la historia local. Pero entonces apareció el perro.

Era como un burro, pero hasta esto quedaba en segundo lugar. Lo importante era que la cosa iba conmigo. Porque el animal venía hacia mí disparado y como loco. Yo veía su gran cabeza, creo que su boca abierta, sus orejas. No creo que yo pensara nada, pero en mi visión iba implícita la cuestión de cómo un perro como aquél se tragaría un niño, cómo viviría el niño ese trance.

Tuve que ver cómo el animal con su locura se me venía encima, pude verlo entonces con todo detalle. Evidentemente tenía que pasar lo que fuera, y pasó. Podrán suponer Vds. que por nuestras tierras y en su momento pasaron los fenicios, los cartagineses, los griegos y los romanos de to-

dos, pero aquí hay que añadir inacabables oleadas de piratas y, por supuesto, los pobres “honderos baleares”, dicen que orgullo de César. Ignoro qué cepa de todos ellos pudo actuar en aquel momento, pues en mí no había fuerzas para nada. Pero metí la mano en la cesta que llevaba, cogí la hoz que tenía dentro (la herramienta usada para girar las pequeñas palmas) y la levanté en alto. Lo hice sin ira ni enfado, quizás como si fuera un gesto obligado —el último— en aquel trance. Pero el perro paró en seco.

Se quedó a unos tres o cuatro metros, sembrado y absolutamente inmóvil. Y yo salía, despacio, de mi perplejidad. Entonces recordé que a mi espalda tenía una pared. Empecé a retroceder de espaldas, sin bajar el brazo. El perro no se movió. Y yo salté la pared y, naturalmente, me fui, me fui...

Y perdonen, ¿eh? He contado esto pocas veces. Y ahora mismo he pensado si el perro no estaría jugando. No me lo pareció en ningún momento.

EL COLIBRÍ

No sabía qué mirar, y de nuevo volvió los ojos al colibrí. Le agradaba su ligereza, y su recorrido de flor en flor besando largamente una y otra. No es que supiera por qué, pero aquello le parecía entrar en el tomo de unas verdades como básicas.

Luego pensó otra cosa, en otros animales, y particularmente en aquello que no comprendía. Pensó en la inmensa serpiente que se traga lentamente al sorprendido e ignorante corzo. Debiera venir un dios y explicarlo, se dijo. Y aquí se adormecía, por el momento, su pobre discurso.

De todos modos tuvo que pensar en todo, pensó en todo. Vio los ríos de gente salir de los locales llenos de luces, aquí y allá oyó las canciones. Quizás habían conseguido olvidar que venían de una guerra y jugaban, sin más, a ser niños.

Tampoco prolongó más la mirada sobre esos lugares de las luces, y puso mentalmente los ojos en el horizonte, en cualquier horizonte, como si supiera que todo, absolutamente todo, estaba por venir. Imaginaba un momento en que el hombre, por fin, también tuviera algo que besar.

TRISTEZA

Es un punto aislado en la memoria, que allí se quedó. Debía ser el año 42. Yo andaría por los ocho años.

Nada de política, por supuesto. Sólo el peso anónimo de las cosas sobre unos niños que lo ignoraban todo.

Antes de entrar en clase, el maestro nos iniciaba en el canto de las canciones que iban viniendo en su folleto. Las estaríamos estrenando. Esto ocurría en una sala desnuda previa al aula, en un rincón de la cual había una solitaria pesa de hierro con asa que ponía: 50 Kg. (años más tarde probaríamos y la levantaríamos. Pero esto va de paso y por el recuerdo).

Este día se habían organizado cosas. No se repetía nada de lo conocido, el maestro no se había puesto el cubrepolvo (un maestro que dirigía con un interés nuestra actividad, adornado de un grueso bigote blanco). El hombre, además, no estaba en su sitio, sino junto a nuestras mesas. Luego nos sacaría otra vez a la sala previa, adonde vendría el otro maestro con sus niños. Nos dirían algo. Y nos harían “formar”, un paso necesario para todo. Luego nos hicieron partir hacia fuera. Cantando.

Aquella escuela era un edificio solitario que se levantaba en un alto del terreno, al lado del pueblo. Por su lado pasaba una ancha carretera, por la que ahora bajábamos en dos dudosas filas. Recuerdo que hacía viento. Cierto es que cada uno de aquellos momentos merecía un paro, una mirada; pero me quedé con uno.

Aquella carretera formaba una espaciosa curva para entrar en el pueblo, momento en que nuestras dos filas se

alejaban mucho una de otra. Yo iba por el lado interior, y estábamos medio detenidos en espera de que los de enfrente recorrieran la larga curva. Entonces me fijé en aquellos niños del otro lado, claramente retrasados, que se movían muy lentos e indiferentes al caso. Los miraba. Me pareció verlos como sometidos a una especie de desamparo general y no cuestionado. Vi a unos niños que, siempre sujetos a unas consabidas normas, caminaban despacio y ajenos a casi todo, mientras el viento hacía volar el pelo a algunos y movía la falda de unos baberos. Con vocecilla carente de intención y distraídos, cantaban. Decíamos todos:

Prietas las filas,
recias, marciales,
nuestra escuadras van
cara al mañana,
que nos promete
patria, Justicia y pan.

Por falta de nociones, entonces no llegué a decírmelo; pero ahora sé que el cuadro me pareció triste. Se amontonaban allí cosas sin nombre, digamos fatales. Todavía puedo ver aquella hilera.

¿Que qué era todo aquello? Por lo visto se trataba de una concentración de colegios, que luego luego tuvo lugar en el ayuntamiento. Allí nos dieron a cada uno, mientras pasábamos, un bocadillo y una naranja. Por alguna confusión en el turno, a mí no me dieron naranja y me puse a llorar. Pero esto ya queda fuera de la cuestión.



EL PENYAL ROIG (EL PEÑASCO ROJO)

Aquella bandada de niños había empezado por apuntarse en el lugar que debía. Ya tenían diez años y pasarían a hacer lo que ya habían hecho sus padres, probablemente sus abuelos. Luego dejaron la escuela por una temporada y el primer día se habían reunido, con su silencio y con su cesta de la comida, a la salida del pueblo. En su momento tomaron la carretera, detrás de quienes habían de ser sus conductores. Realmente era muy temprano.

Aquella carretera aún no la conocían mucho, andaban y veían primero unos huertos, luego tierras. Y al fin veían la casona inmensa, la que se vislumbraba desde el pueblo y además tenía su nombre. Ellos tenían que llegar, y llegaron.

Todo era grande y desconocido. Lugares para animales, hombres que debían preparar sus trabajos. Aquella casa grande, que ahora mostraba bien su distinción o su solidez, era llamada casa “de los señores”; de manera que la de “los amos” era otra, otra no tan grande que estaba ahí detrás. Al oír eso de “los señores”, aquellos niños podían pensar fácilmente en aquel “señor” tan escueto y distinto que a veces se veía por las calles del pueblo.

Pero la cosa no paraba. Ellos ya estaban allí y de este modo siguieron al conductor que los llevaba hacia donde estaban los olivos. Allí, en verdad, empezaron la tarea de coger las aceitunas del suelo, uno al lado del otro. No diremos más sobre este punto.

Lo recorrieron todo, siempre un poco corriendo. Pasaron por valles de olivos recios y por empinadas laderas donde se veían algo raquíticos. A veces se encontraba un arroyo de aguas casi invisibles, en cuyo fondo podían aparecer, inmó-

viles, negros puñados de aceitunas. No se pensaba en ello, pero se miraba y se veía como una cosa absolutamente nítida. Al mediodía comían de su cestita, y lo hacían, repentinamente alegres, al llegarles, desde la casona el oscuro sonido del cuerno.

Un día tuvieron que emprender, a través de bancales, aquel monte que moría en la base de de la inmensa piedra, lisa y roja, conocida por todo el mundo como El Penyal Roig. Se veía desde el pueblo y era un hito de la lejanía. Los niños llegaron a él, sí señor, y muchos hicieron lo posible por tocarlo, por palparlo. Así se sintieron, por un momento, actores en espacio para ellos cerrado que los introducía en cierta estancia propia de los hombres.

Se supone que aquello iba bien, por qué no. Lo he recordado, y he pensado en los niños chinos de hoy. Aunque a éstos les ha tocado la era de la técnica.

EL MOLINO

Los veo a Vds. lejos de toda pasión, como sin causa, y me atrevo a contaros la historia de un molino de contrabando cuya presencia y funcionamiento quedaron registrados en mi infancia. Lo he recordado.

Sería a mediados de los años cuarenta, unos tiempos en que el gobierno de siempre exigía a todo productor de trigo la entrega de una parte de la cosecha, y además se interfería la molienda del resto con necesarias autorizaciones para llevar el trigo a los molinos. Deberán Vds. perdonarnos aquellas bajezas.

Pero la gente tenía que moler el trigo que le quedaba y que debía ser más, deduzco yo, del declarado ante el ayuntamiento. La situación pedía remedios. En mi casa, y en alianza con otros miembros de la familia, se hablaba de ello con recato y se derivó hacia diversas soluciones. Es lo que recuerdo.

Tengo en la mente la imagen de un molinillo de café, tal como eran. Se probó, se cambiaron comentarios. ¡Era muy lento!

Téngase en cuenta que, para la masa del pan semanal, se necesitaban unos diez kilos de harina. Luego llegó la idea de una maquinilla más grande, metálica, que originariamente quizás se usaba para otras cosas (creo que la propuesta vino de un hermano de mi madre, cazador y hombre de ingenio). También sería lenta, pero además transmitía a la harina, que tampoco quedaba muy fina, un olor tirando a metálico. Recuerdo este olor, con una cierta tibieza que lo acompañaba. A partir de aquí, los planes y los movimientos pasaron a mayores. El nuevo tema era hacer un molino de

verdad, la averiguación de cómo tenía que ser este molino, la manera de alcanzar las cosas y hacerlo. Así se abrió camino a la fase definitiva.

Se construyó un molino que siempre me pareció cosa muy seria. Se buscaron muelas de pedernal, en las que se grabaron pequeños mordientes para triturar el trigo. Se hizo el soporte y se amañó un gran volante, vertical que transmitía el movimiento, a través de ingeniosa mecánica, a la pesada muela de arriba. Recuerdo que costó controlar la entrada del trigo por el agujero que allí tenía esta muela, y que se consiguió mediante una piececilla móvil, temblona, que recogía el grano proveniente del saco. Llegó a funcionar, sí señor. Aunque hubo de resolver algunos fallos.

Primero se temió que el considerable ruido del ingenio, instalado en una breve caseta de las afueras del pueblo, se oyera desde su calle y pudiera ser escuchado por la autoridad. Este posible hecho era averiguado por terceros y luego se comentaba, se comentaba. El otro fallo fue cosa induda-

ble y grave. Un primo de mi madre, que allí estaba para conseguir su harina semanal, le daría con tanta fuerza al volante que, sin que él se diera cuenta, la muela superior se alzó despacio, abandonó el sitio y voló hasta el suelo por la vera del hombre, aunque sin tocarlo. Lo contaban. Y entonces, por los temibles ruidos y por la necesidad de conseguir un funcionamiento más seguro, aquella máquina se trasladó y montó enteramente, con las mejoras oportunas, lejos del pueblo: en la caseta de una hermosa finca rústica del abuelo. Y allí el molino siguió funcionando, claro, hasta que aquellos tiempos se acabaron.

Trabajé yo en esta finca hasta que llegó el servicio militar, con mi padre, y a veces veía y miraba el viejo molino. Se mostraba muy sólido, un poco polvoriento e inmóvil. A mis ojos tuvo siempre una dignidad. En realidad, era un molino que tenía de todo.

UN GATO ENCERRADO

Una mañana llamaron a casa dos muchachas jóvenes. Al verlas, traté de acudir rápido a la frase amable que uno dedica a los testigos de Jehová. Pero no. Me hablaron de un gato que llevaba días encerrado en un corral que sólo les era accesible a través del de mi casa. Luego reconocí a una de las jóvenes: pocos días antes había llamado buscando una gallina que, desde su ático de la cuarta planta, había volado hasta mi casa (luego vi que era una gallinita blanca y como de lujo). Bien, pues las dos chicas me dijeron que deseaban mirar de rescatar aquel gato, y yo les di paso libre con la sonrisa adecuada a tal acontecimiento. Las conduje al corral, les saqué una escalera de mano para saltar unas ta-

pías relativamente bajas y les dije que temía no poder ayudarlas.

— ¿Son peritas, esto?

— Sí, sí...

Luego lamenté no haberles dicho que, si les apetecía, comieran (son unas peras pequeñas cuyo sabor es como un apretado resumen).

Pero una de ellas ya estaba haciendo por saltar la pared, mientras la otra —la de la gallinita, que hacía más bien de acompañante— le sostenía la escalera.

¿Qué les voy a contar? Resultó ser una operación ardua y de muy variadas complicaciones. Aquella chica para mí desconocida, que sin embargo vivía cerca y contemplaba a diario el gato de referencia, no sólo tenía que subirse a la pared con la escalera, sino, además, subir ésta para colocarla al otro lado y bajar por ella. ¡Y quedaba luego otra tapia a superar! Yo había entrado en casa, pero oí que me llamaban

y vi que precisamente era la chica desconocida. Me dijo que salía para ponerse ropa “deportiva”. Yo se lo aplaudí, a ver (aunque por ella y por la otra deduje, además, que diversos vecinos observaban el acontecimiento desde sus ventanas traseras). Al ratito volvió vistiendo un pantalón vaquero y a punto para reiniciar la tarea. Reinició la escalada y después estuvo horas desaparecida, mientras la compañera mantenía, a viva voz, un cierto contacto con ella. Al final vinieron las dos y me informaron de que el gato no se había dejado coger, mira. Pero que volverían con algún recurso, si yo lo permitía, a la mañana siguiente. “¡Por favor!”.

A la mañana siguiente comparecía, sola, la chica que en realidad estaba trabajando el asunto. La otra, por lo visto, no podía porque se lo impedían sus horarios, etc. Me dijo que traía una comida con aditivos para adormecer al gato. Le dije yo que caminara hacia el corral mientras le traía la escalera. Se la di y ella puso manos al nuevo asalto con metódicos movimientos y afán indudable. Me metí en casa, preguntándome de vez en cuando qué tal le iría. Pero así

pasaron horas, lo que llegó a inquietarme. Al final fui al corral, me acerqué al lado más próximo a ella y grité (recordando y pasando por alto la posible presencia de vecinos):

— ¿Estás ahí...? ¿Estás bien?

Una voz distante me respondió que sí, y dijo algo más que no pude entender. Pero al cabo de poco regresaba, trayéndome la escalera.

— Lo siento. El gato ha comido algo, pero se ha dado cuenta de que quería cogerlo y me rehúye. He esperado para ver si se adormecía, pero no.

Parecía una despedida. “Lo siento, lo siento...”.

Me equivocaba. Volvió una semana después, sonriente y pidiendo disculpas. Se explicó:

— Traigo una jaula y una toalla para cogerlo. Y un sedante más fuerte...

Abreviemos. Le traje la escalera, claro, y ella emprendió su vuelo. Volvió pronto, llamó, y en seguida yo vi que la jaula resultaba pesada y que se movía algo. ¡Traía el gato!

Era una chica satisfecha.

— ¡Bueno! ¿Y ahora?

— Se lo quedará una familia amiga. Va a estar muy bien, en una casa con jardín...

Se adivinaba que el animal, en la jaula y al margen de cosas más profundas, se preguntaría qué clase de historia se estaba iniciando en aquel momento.

Esos gatos...

VOLVER A EMPEZAR

No es que uno sepa nada, hay que decirlo, pobre hombre, pero lo suyo es hablar algo.

A lo mejor se tiene en el corral un albaricoquero. Por este tiempo ya le habrán cogido los albaricoques, pero allí está, paciente. Todas las hojas permanecen, pero un poquitín ajadas por la tarea. En rigor, no sabes qué hacer con él. Ni siquiera sabes qué es. Puedes quedarte un rato mirando, si quieres. A lo mejor notas —antes no te habías fijado— que le salen unos débiles renuevos en lo bajo del tronco. Pero te preguntas qué es.

Lo del albaricoquero es un ejemplo, naturalmente. Pero puede ejercer parecido atractivo una hierba que ha salido entre dos baldosas de la acera. Una mata de “maragall”, qué quieren Vds., algo que en vuestra lengua podría llamarse “vallico”, y no se dice para culpar a nadie. Ahí está. Nuestra ignorancia, al pararnos, puede sorprendernos.

Mas ahora llega el vecino. Viene a pie y se dirige a su casa, en la que uno nunca ha entrado. Lo puedes mirar y, aunque conoces sus gestos de antemano, sabes que enseguida darías con una bruma densa. La cuestión es que allí te paras. Puedes volver a pensar en el albaricoquero y en el “maragall” —modesto *Lolium perenne*—. A lo mejor todo pide una nueva mirada, un repaso. En el vecino tendríamos como mil albaricoqueros juntos. Ahora estará subiendo la escalera.

Y uno puede acabar pensando en el mar. Qué padrazo es el mar, señores. Es para reírse, tan grande y, en el fondo, tan inocente.

fotografía por **Luis Antonio Alejo Moratilla.**



LA TRILLA, HACIA EL AÑO 50

Voy a contar cómo era por aquí la trilla del grano hacia el año 50, es decir, cuando yo tenía dieciséis o diecisiete años. Y que nadie tome esto como “literatura”. Es pura información, otro momento de la vida de uno. Voy a dedicar esto a quienes no hace mucho me han mostrado una placentera benevolencia o, al menos, una práctica y confiada proximidad también estimable.

Quiero decir a todos, pues, aunque lo que presento no sea cosa de mucho fuste.

Me llamaba mi padre a eso de las cinco y media, y te levantabas pensando que, otra vez, era día de trilla. La tarea empezaba transportando a la era las gavillas que había que

trillar aquel día, lo que con frecuencia debíamos hacer, con el carro y el mulo (¡el mulo!), desde fincas distintas, quizás lejanas, a la de la era. El carro parecía, con una carga tan voluminosa (¿una veintena de gavillas?), una catedral andante. A eso se le llamaba “garbejar”, de “garba” (gavilla). En castellano veo que es “barcinar”...

Corramos. Las gavillas se abrían y extendían sobre la era, a fin de que el sol tostara durante un rato tallos y espigas.

Luego empezaba la trilla.

En la trilla eran tres: el mulo, al que se había puesto anteojeras (vulgarmente, “cucales”); el “carretet de batre” (“¿carretilla de trilla?”), pieza cilíndrica —y algo cónica— generalmente de piedra y con finos salientes angulares, que rodaba tirada por el mulo; y el hombre, que comandaba el asunto desde el centro de la era. Pongamos ahora algo esencial: ese hombre cantaba. Se oía, yendo por ahí, el cante procedente de una u otra era, siempre el mis-

mo. Yo diría que un cante de querencia árabe. Las canciones de ese cante eran de todos y particularmente de la tri-lla, eran canciones conocidas. Nosotros ramos tres hom-bres, en el modesto caso que recuerdo; éramos el abuelo, mi padre y yo, y entrábamos en acción uno tras otro mien-tras los otros dos se guarecían a la sombra de un gran alga-rrobo que se asentaba junto a la era. Recuerdo al abuelo, ya mayor, herido por el sol pero cantando firme en medio de la era; recuerdo a mi padre. Y ahora confieso que, sin entu-siasmo y algo titubeante, en mi turno también cantaba yo. ¿Las canciones? Nada. Valía aquel tono, que creo servía pa-ra animar a la bestia y “colocar” debidamente, quizás al hombre. Pero pongo una:

“ Si no fos pe's carretó
(Si no fuese por la carretilla)

que va darrera, darrera,
(que va detrás, detrás,)

no hi hauria cap somera
(no habría burra alguna)

que batés un cavalló. “
(que trillara un tresnal.)

Ya ven Vds. que no había escapadas metafísicas. Pero abreviemos. Después de convertir las gavillas en paja y grano, todo ello se aventaba con consumadas técnicas, a veces con vacilante ayuda por parte del indispensable viento. He de recordar que era el momento propicio para que se metieran entre cuerpo y camisa, y se pegaran con el sudor, partículas de paja. Un acompañamiento bien conocido de la tarea.

Al final quizás había dos sacos de grano, de trigo, que se llevaban a casa y se subían a los graneros. Mientras la paja —¡otra vez la paja!—, en grandes lienzos o en redes hechas

para ello se subía al pajar. Era el anochecer cuando la jornada se daba por acabada, una más entre la sucesión que se dedicaba a la final recogida de la mies.

Para prevenir errores, he de advertir que por entonces los tiempos modernos ya se habían disparado. Estaba la radio, había coches y motos, además de aviones, por no hablar de películas siempre llegadas de fuera que nos colocaban ante un abismo parecido al de algunos sueños.

Jorfasan

Cuéntate algo sobre la comida, las comidas. Que se llevan a cabo en estos faenamientos. Pocas sensaciones tan rotundas (para una persona de ciudad) como el almuerzo tras una jornada exigente de trabajo en el campo y, en especial, de las cosechas que, será cosa del recoger fruto el fruto, son vividas con intensidad particular. ¿Llevabais la comida vosotros o bien os la acercaban? El fruto preso en el saco. Las

horas de la verdad. La ansiedad deja de temblar con las manos llenas.

A ver. En las comidas ordinarias de por aquí entraba una parte substancial que procedía de la matanza del cerdo (que tenía lugar en todas las familias y de la que se sacaban embutidos de diversas clases, tocino, lomo, huesos con algo de carne...).

Al trabajo solíamos llevarnos, si íbamos a comer en el campo, comida fría compuesta de pan y dos elementos, normalmente, de los mencionados (sobrasada, “camallot”, tocino —o también huevos duros, aceite—). Sin duda era un tipo de comida muy generalizado.

Si era invierno o nos apetecía, encendíamos fuego para asar aquello. En el tiempo de la mies —en la siega o en la trilla—, la cosa cambiaba. Era como si aquel trabajo exigiera una comida más completa. Recuerdo haber oído decir a mi padre: “En temps de messes, feina a esclatar i menjar a rompre” (En el tiempo de la mies, trabajo y comida en desmesura). Yo recuerdo que, siendo aún niño y estando de va-

caciones, mi madre me mandaba a la era —que estaba, yendo a pie, a unos veinte minutos del pueblo—, con comida caliente para mi padre, o para el padre y el abuelo. Y cuando ya trabajaba, mi madre nos preparaba todo, con las instrucciones oportunas, para hacer un plato caliente al mediodía, delicada labor que mi padre oportunamente me confiaba a mí. Cuando había trilla y estaba el abuelo, no era raro que vinieran mi madre y mi abuela a pasar el día en la finca, que contaba con una caseta rústica pero con chimenea y hasta con cisterna. Allí ordenaban un poco las cosas y hacían, por supuesto, la comida. Esos platos de “caliente” debían ser algo particulares, pero sin duda eran los comunes en el pueblo. Podía tratarse de cereales o pastas (fideos, “burballes” [tallarines], arroz) o de legumbres (garbanzos, judías, lentejas, habas). Pero lo decisivo era el modo de cocinar todo esto, que daba a cada plato un nombre y un sabor peculiares que hoy me parecen perdidos. Bueno: tras ese plato caliente, la comida podía finalizar con otro de cosas fritas —patatas con algo de carne, etc.— o con pan

acompañado de alguna cosa. Creo que esa forma de comer y ese tipo de comidas era cosa sencillamente generalizada. Las fuentes principales eran siempre las mismas: cereales o legumbres, el cerdo con sus derivados, el aceite de oliva patatas y verduras. El aceite, en variadas formas, tampoco se perdía de vista. Y estaba la fruta local. Casi todo pertenecía a la cosecha propia de las familias que trabajaban el campo, y también era lo que las demás adquirirían de uno u otro modo.

Y esto es lo que había, Jorfasan.

EL PERRO

Salía yo a caminar un rato y pasé por el lado de un grupito un tanto raro.

Lo formaban una mujer, un bebé que la mujer llevaba en un carrito y un perrazo negro. Recordé que al perro ya lo había visto otras veces junto al carrito vacío y frente a una guardería que me viene de paso. Ahora caminaba muy mansamente al lado del carrito, al que sobrepasaba en altura. Tal vez era “un ca de bestià”, poderosa raza local usada — ¿antes?— en el pastoreo. Me he fijado en que la gran cabeza del animal, algo bajada, avanzaba seria e inmutable justo al lado de la cabecita del niño. ¡Y ni uno ni otro se hacían caso alguno, sin duda porque se tenían por compañeros fijos!

A veces he pensado en el tipo de vida, o de conciencia, que llena la mente de esos animales, especialmente en el caso del perro y en momentos de plena quietud. Puedes ver, a veces, una cabeza y un rostro absolutamente inmóviles, aunque vivos. ¿Qué pensarán? ¿Cómo es, en estos momentos, esa percepción del mundo que parece frontal, pero serena?

Uno piensa que probablemente se asoman a una perspectiva general y callada, y que se limitan a ver las cosas sin cuestionarlas. No hay preguntas, o todo podría resumirse en una sola que no llega a formularse. El animal se limitaría a estar ahí, como parte de una ola de vida que él ya ignora.

Es verdad que luego suelo preguntarme por “lo otro”. Me pregunto por lo que tendrá que ocurrir para que otra cabeza, otro cerebro, se inquiete por comprender y comprenderse. Me pregunto por el primer caso —quizás mínimo y como de prueba— en que desde aquella dulce pero poderosa ola

empieza a levantarse nada menos que un juez. Es el momento en que el mundo toma conciencia de sí mismo.

Ahí están el perro y el niño...

ESA MUJER DEL CARRITO

Veía a esa mujer de vez en cuando, con el carrito, por la calle más concurrida de la zona. Era un carrito de los que se usan para la compra.

Ya había visto yo que andaba despacio y sin aire de ir a alguna parte. También había notado que llevaba un perfume fuerte, se pondría una colonia fuerte (yo llamo “colonia” a todo eso que se usa para oler bien). Digamos también, aunque con pena, que aquél no me parecía un perfume agradable. Y se trataba de una mujer mayor, con el pelo que formaba una especie de cuerpo voluminoso y de complicado arreglo. Después supe que vendía revistas que llevaba en el carrito, sin más. Iría de un lado para otro, pero no se la veía hacer propaganda.

Nos topábamos, y alguna vez llegábamos a saludarnos. Seguramente los dos sabíamos —peatones de lo más cotidiano— que entre nosotros no cabía el negocio. Hasta creo recordar que una vez ella me ofreció un ejemplar de sus revistas, como cosa nuestra y naturalmente gratis. Desde la misma confianza, seguramente no llegué a cogerlo. A la mujer se la iba viendo, con su edad, cansada.

Pues hoy la he visto, pero fuera ya de la barriada. La he reconocido desde lejos. Se apoyaba sobre el carrito e iba un poco inclinada, como siempre. Nos hemos parado en el mismo semáforo, y yo me he quedado, con otra gente, detrás de ella. No le he dicho nada. Creo que tenemos el tácito convenio de reconocernos, si acaso, al encontrarnos en nuestra zona. Luego he visto de lado aquella cara, el cabello. Lo que no he visto es que vendiera nada ni que, ocultas en el carro, pudiera llegar a hacerlo. Por ahí, sin embargo, andaba ella.

De golpe —en un momentáneo flash— uno piensa en los del “bienestar social”. Pero te distraes en seguida.

NOTA BIBLIOGRÁFICA

Este Sujeto

Pues me llamo Sebastià Mesquida Sureda. Y nací en Artà (21.12.1933), un pueblo de Mallorca (Islas Baleares) de entrañables paisajes y de gente amigable. Mi origen es una familia de pequeños agricultores. Mi particular e insignificante recorrido ha tenido sus naturales dificultades, y en muchos aspectos habrá conocido fracasos notables. En el mundo que tenemos me considero, sin embargo, un privilegiado.

Premis literaris

Ciutat de Palma d'assaig, 1976: *Els protagonistas*.

Ciutat de Manacor de novel·la curta: *El pou*.

Ramón Llull, valor intemporal. Edición del Ayuntamiento de Palma, 1963 (Premio Ciutat de Palma 1962 de biografía).

Llibres publicats

Novel·la

El pou. Palma: Moll, 1978.

La pluja. Palma: Tià de Sa Real, 1996.

Estudis literaris

Els protagonistes. Barcelona: L'Esqueix, 1981.

El sagrament universal. Palma: Los Iconos de Ferón, 1994.

El Déu possible. Palma: Lleonard Muntaner, 2006.

las EDICIONES del VECIND(i)ARIO

* colección narrativa *

<http://www.vecindiario.es>

Carnets

© Sebastià Mesquida Sureda ‘Sebastián’

Bajo licencia Creative Commons.

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/>



© Sobre el texto, Sebastià Mesquida Sureda, ‘Sebastián’.

© Composición cubierta, Fco. Manuel Espinosa, 2012.

© Galería de Imágenes, sus respectivos donantes,

Museo Virtual de Viejas Fotos, 20 minutos,

<http://www.20minutos.es/museo-virtual/>

© Logotipo Vecindiario, detalle de SnailGirl
nattieniet – <http://nattieniet.deviantart.com/>

1ª Edición, marzo, 2012



colección narrativa